



## La intersubjetividad corporizada y aspectos sensoriomotrices de los principios organizadores de la subjetividad

André Sassenfeld J.<sup>1</sup>

*Santiago, Chile*

Este trabajo busca esbozar una perspectiva teórico-clínica relacional basada tanto en la fenomenología de la existencia corporizada desarrollada por Edmund Husserl y especialmente por Maurice Merleau-Ponty como en la teoría de los sistemas intersubjetivos. Desarrollando los conceptos de un sistema intersubjetivo corporizado, una influencia mutua corporizada y una lectura corporal recíproca, se centra particularmente en formular una dimensión sensoriomotriz de los principios organizadores de la subjetividad. Se utilizan dos viñetas para ilustrar la utilidad psicoterapéutica de la discusión presentada.

**Palabras clave:** Intersubjetividad corporizada; sujeto corporal; influencia mutua corporizada; convicciones sensoriomotrices; Merleau-Ponty.

This paper seeks to outline a relational theoretical-clinical perspective based on the phenomenology of embodied existence developed by Edmund Husserl and especially by Maurice Merleau-Ponty as well as on intersubjective systems theory. Developing the concepts of an embodied intersubjective system, of embodied mutual influence and of reciprocal body reading, it focuses particularly on formulating a sensorimotor dimension of organizing principles of subjectivity. Two vignettes are presented to illustrate the psychotherapeutic usefulness of the presented discussion.

**Key Words:** Embodied intersubjectivity; body subject; embodied mutual influence; sensorimotor convictions; Merleau-Ponty.

**English Title:** Embodied intersubjectivity and sensorimotor aspects of organizing principles of subjectivity

**Cita bibliográfica / Reference citation:**

Sassenfeld, A. (2014). La intersubjetividad corporizada y aspectos sensoriomotrices de los principios organizadores de la subjetividad. *Clínica e Investigación Relacional*, 8 (1): 425-457. [ISSN 1988-2939] [Recuperado de [www.ceir.org.es](http://www.ceir.org.es) ]

En este trabajo, me centraré en la exploración del área de intersección entre el concepto de los principios organizadores de la subjetividad formulado en la teoría psicoanalítica contemporánea de los sistemas intersubjetivos y el cuerpo humano. Esta exploración estará enmarcada principalmente por un entendimiento fenomenológico de la subjetividad y la intersubjetividad. Examinaré las nociones paradigmáticas de la subjetividad y la intersubjetividad corporizadas a partir de aspectos centrales del pensamiento de Edmund Husserl (1986) sobre la percepción y el sujeto corporizado y, en especial, a partir de la fenomenología de la percepción de Maurice Merleau-Ponty (1945) con la finalidad de contextualizar las ideas teóricas y clínicas que seguirán. Subrayaré de modo explícito la constitución corporizada de los sistemas intersubjetivos y de una de sus propiedades más importantes -la influencia mutua. Describiré el concepto de los principios organizadores de la subjetividad y enfatizaré al hacerlo en particular el concepto de las convicciones motrices de George Downing (2006), que remite a una dimensión corporal esencial de los principios organizadores. Más allá, intentaré mostrar la utilidad práctica de las ideas presentadas a través de una viñeta clínica. Para concluir, agregaré algunas reflexiones sobre la relevancia de incorporar de manera explícita el cuerpo en las formulaciones teóricas relacionales y en el ejercicio de la psicoterapia relacional.

### **Subjetividad e intersubjetividad corporizadas en la filosofía fenomenológica**

Con la finalidad de contextualizar y preparar en términos epistemológicos la discusión teórica y clínica de los principios organizadores de la subjetividad y su dimensión sensoriomotriz, que es la meta más importante de este trabajo, resulta fundamental esbozar algunos aspectos centrales de los conceptos paradigmáticos de la subjetividad e intersubjetividad corporizadas. Estos son constructos teóricos esenciales en la filosofía fenomenológica y en esta sección los examinaré para desarrollar un marco filosófico capaz de contener coherentemente las ideas de las secciones subsiguientes. En primer lugar, prestaré atención a algunas ideas de Husserl (1986) sobre la percepción y el sujeto corporizado y a continuación me detendré con más detalle en las concepciones de Merleau-Ponty sobre la subjetividad y la intersubjetividad corporizadas. En la sección siguiente, introduciré los conceptos de un *sistema intersubjetivo corporizado* y de una *influencia mutua corporizada*, que descansan sobre la fenomenología de la existencia corporizada. Estos dos conceptos buscan expresar de forma explícitamente teórica que es necesario reconocer la inseparabilidad de cuerpo y relación e incorporarla cuando reflexionamos en términos teóricos y clínicos sobre el trabajo analítico. Además, describiré los procesos pre-reflexivos implícitos que subyacen a la influencia mutua corporizada en cuanto procesos de una *lectura corporal recíproca*, procesos que tienen lugar de modo continuo entre personas que se

encuentran en interacción. Esto incluye, por supuesto, tanto niños pequeños y figuras de apego como pacientes y psicoterapeutas que se implican en un intercambio afectivo recíproco.

Las contribuciones de Husserl (1986), el padre de la filosofía fenomenológica, fueron las primeras aportaciones importantes a la exploración fenomenológica del cuerpo vivido y de la existencia corporizada. Siguiendo a Zahavi (2003), en sus análisis de la percepción y del inevitable estar dados en términos de una perspectiva propio de todos los objetos Husserl mostró que el sujeto que percibe siempre se encuentra en una relación específica con el espacio. Es indispensable destacar que Husserl no se refiere en este contexto primariamente a un objeto de la percepción aislado y sin mundo y tampoco a una posición del cuerpo en el espacio geométrico tal como éste es concebido en las abstracciones científicas. En la experiencia vivida, que es el foco de la investigación fenomenológica, la "espacialidad del cuerpo [...] no está ligada a una *posición*, sino a una *situación*" (p. 62, cursiva en el original) en mundo concreto de vida, en el cual el sujeto se halla de modo insoslayable. El hallazgo de una vinculación inevitable fundamental y no reducible entre objeto de percepción, sujeto de percepción y espacio llevó a Husserl a reconocer que los objetos espaciales de la percepción solo se le presentan a un sujeto corporizado y solo pueden ser constituidos por éste porque el sujeto solamente mediante su corporalidad ocupa una determinada posición en el espacio. Por lo tanto, para Husserl el "sujeto está enraizado en términos corporales y en correspondencia con esto la forma en la que aparece el mundo está determinada por nuestra corporalidad" (p. 58) en el sentido de que la posibilidad de moverse en el espacio de manera literal proporciona acceso a diferentes perspectivas en relación con el objeto de percepción. En cuanto sujeto corporizado siempre soy punto de referencia obligatorio al cual todos los objetos de percepción remiten. Para Husserl, en consecuencia, toda experiencia del mundo es mediada y posibilitada por mi corporalidad.

Debido a su concepción del cuerpo como condición de la intencionalidad de la percepción, nuestra experiencia de la percepción de un objeto desde el punto de vista de Husserl siempre está acompañada -por lo común de forma tácita e implícita- de una experiencia kinestésica correspondiente que se basa en la posición y el movimiento de nuestro propio cuerpo (Zahavi, 2003). Por ende subraya que es posible hablar de un cuerpo vivido de manera subjetiva pre-reflexiva, el cual es fundamento y condición de la posibilidad de una consciencia reflexiva del propio cuerpo como objeto y de la experiencia de "tener" un cuerpo. En otras palabras, Husserl aseveró que el sujeto puede percibir objetos primariamente no porque *tiene* un cuerpo, sino más bien porque *es* un cuerpo -"es decir, en la medida en la que en su caso se trata de una subjetividad del todo corporizada" (p. 59). La experiencia explícita de "tener" un cuerpo es por necesidad un fenómeno secundario en relación con un nivel pre-reflexivo más fundamental de la experiencia en el cual la percepción

está definida por la existencia de un sujeto corporal, que siempre ya está implicado con un mundo y con ello a la vez constituye el mundo y es constituido por el mundo. Así puede constatarse que el pensamiento de Husserl sobre la existencia corporizada formula la noción esencial de un *sujeto corporal*, una noción que es elaborada por Merleau-Ponty, y además postula un entrecruzamiento no reducible entre un cuerpo pre-reflexivo y un mundo de vida, en el cual este existe. Como veremos, la relevancia del cuerpo en la filosofía fenomenológica ha influenciado de modo decisivo la comprensión fenomenológica de la intersubjetividad debido a que el mundo de vida engloba la presencia de otros sujetos (Vanzago, 2009).

El análisis fenomenológico de la percepción realizado por Merleau-Ponty (1945) tiene su punto de partida en la vinculación indisoluble entre sujeto, cuerpo y mundo concebida por Husserl. Afirma en un sentido general, "estamos compuestos del todo por relaciones con el mundo [...]" (p. xiv) y siguiendo algunas de las ideas originales de Husserl prosigue:

El cuerpo es el vehículo del estar en el mundo y tener un cuerpo es para la criatura viva estar implicada en un cierto entorno, identificarse con ciertos proyectos y esforzarse continuamente por estos. [Mi cuerpo] es el miembro no percibido en el punto central del mundo respecto del cual todos los objetos vuelven su rostro [y es] la bisagra del mundo: Sé que los objetos tienen diversas facetas porque podría llevar a cabo un tour de inspección y, en ese sentido, soy consciente del mundo a través del medio de mi cuerpo. (pp. 94-95)

Expresado de otro modo, para Merleau-Ponty el cuerpo es "mi punto de vista sobre el mundo [...]" (p. 81), una idea que de forma condensada resume su concepción de la existencia corporizada. En su fenomenología de la percepción, ser sujeto significa estar vinculado a un mundo, lo que a su vez significa ser un cuerpo que abre un mundo y que abre a un mundo. En consecuencia, desde una perspectiva fenomenológica la subjetividad no puede ser investigada y comprendida adecuadamente sin hacer referencia a los contextos del mundo que de manera constante sitúan al sujeto y que en cierto modo tienen que ser visualizados como partes inseparables del sujeto. Tales contextos están siempre ya ligados al cuerpo del sujeto y, por lo tanto, la investigación y comprensión de la subjetividad en la aproximación de Merleau-Ponty corresponden en esencia a la investigación y comprensión del fenómeno de una subjetividad corporizada mundana. El énfasis de Merleau-Ponty en la vinculación inseparable entre sujeto, cuerpo y mundo puede así ser vista como un intento de trascender la escisión cartesiana sujeto-objeto.

Ahora bien, ¿qué significa ser un sujeto corporizado? Por un lado, la respuesta de Merleau-Ponty (1945) a esta interrogante busca ir más allá de la escisión cartesiana sujeto-objeto y contradecir la concepción moderna del cuerpo como capa secundaria exterior de una vida psíquica interna encapsulada. Escribe: "La unión de alma y cuerpo no es una fusión entre

dos partes externas una respecto de la otra, sujeto y objeto, impulsada por una determinación arbitraria. Se produce in cada momento en el movimiento de la existencia" (p. 102). Es decir, que en la experiencia vivida cuerpo y mente ya son una unidad integrada y nunca son en realidad separables. Su separación es esencialmente un artefacto reificado del pensamiento analítico abstracto que es secundario en relación con la experiencia vivida y que no tiene lugar en los movimientos pre-reflexivos dados de la existencia y en la naturaleza dinámica de la experiencia misma. Merleau-Ponty explica:

De este modo, el cuerpo expresa la existencia en su totalidad y esto no debido a que es una manifestación externa que acompaña esta existencia, sino porque la existencia misma se realiza en el cuerpo. Esta significación corporizada es el fenómeno central del cual cuerpo y alma, signo y significado son momentos abstractos. [...] Ni el cuerpo *ni la existencia* pueden ser visualizados como lo original del ser humano ya que uno presupone al otro y debido a que el cuerpo es existencia solidificada o generalizada y la existencia una continuada corporización. (p. 192, cursiva del original)

Desde este punto de vista podría afirmarse que el concepto de un sujeto corporizado asevera que la mente está en el cuerpo y el cuerpo está en la mente -y, al mismo tiempo, cuerpo y mente están en el mundo.

Merleau-Ponty (1945) ha hecho asimismo referencia a una modalidad específica en la cual la unión de cuerpo y mente en la experiencia vivida puede ser concebida en términos fenomenológicos:

"llegamos al conocimiento de algo entre el movimiento como proceso en tercera persona [el cuerpo] y el pensamiento como representación del movimiento [la mente] - algo que es una anticipación o un llegar a la meta y que es garantizado por el cuerpo mismo en cuanto fuerza motora, un "proyecto de movimiento", una "intencionalidad motriz" [...] (pp. 126-127)

Para Merleau-Ponty, el concepto de una intencionalidad motriz capta en concreto la vinculación originaria entre el objeto de percepción en el mundo y la corporización del sujeto que percibe. De mayor importancia es que desde el punto de vista del concepto de un sujeto corporizado la noción de una intencionalidad motriz nos permite "entender con claridad la capacidad de movimiento como una intencionalidad fundamental. La consciencia no es en primer lugar un asunto de 'Pienso que', sino de 'Soy capaz de'" (pp. 158-159). Por lo tanto, la experiencia basal del sujeto que lo convierte en un sujeto puede ser visualizada como una versión corporizada de agenciamiento. A esto se debe que para Merleau-Ponty el movimiento

no debe entenderse primariamente como movimiento pensado y el espacio corporal no debe visualizarse fundamentalmente como espacio representado en una alienada "mente aislada" (Stolorow, 2000; Stolorow & Atwood, 1992).

Sobre la base de estas ideas, Merleau-Ponty (1945) asevera:

“La consciencia es ser-hacia-la-cosa a través de la mediación del cuerpo. Un movimiento ha sido aprendido cuando el cuerpo la ha entendido, esto es, cuando la ha incorporado en su "mundo", y mover el propio cuerpo significa apuntar a las cosas por medio del cuerpo; es decir, permitirse a uno mismo responder a la llamada de estas, una llamada que le es hecha al cuerpo con independencia de cualquier representación. La capacidad de movimiento entonces no es por así decir un peón de la consciencia que transporta el cuerpo hacia aquel punto en el espacio respecto del cual de antemano nos hemos hecho una representación”. (pp. 159-161)

Y agrega:

“No reúno las partes de mi cuerpo una después de la otra; esa traducción y esa unión son realizadas de una vez por todas en mí; son mi cuerpo mismo [...] Pero no me encuentro frente a mi cuerpo, estoy en él o más bien soy mi cuerpo. [...] No contemplamos meramente en cuanto observador las relaciones entre el cuerpo visual y el cuerpo táctil; nosotros mismos somos el unificador de estos brazos y estas piernas, la persona que las ve tanto como las toca”. (p. 173)

De este modo, la fenomenología de la existencia corporizada de Merleau-Ponty describe un nivel fundamental del encaje corporal del sujeto en el mundo -"ser un cuerpo significa tal como hemos visto estar ligado a un cierto mundo; nuestro cuerpo no se encuentra primariamente *en* el espacio: es del espacio" (p. 171, cursiva en el original). Esta es la dimensión de la experiencia vivida en la cual el sujeto corporizado tiene el predominio. Esta dimensión de la experiencia habitualmente es pre-reflexiva y, por ende, habitualmente no consciente.

Por otro lado, Merleau-Ponty (1945) habla sobre otro aspecto importante del sujeto corporizado, un aspecto que será una idea central en este trabajo. En la medida en la que el cuerpo efectivamente se encuentra encajado en una estructura intencional no reducible con el mundo de la vida, dispone de una profunda familiaridad vivida respecto de los movimientos de la existencia en los cuales participa en el mundo en general y respecto de las situaciones mundanas específicas que enfrenta. Esta particular familiaridad implica que mi "cuerpo tiene su mundo o que comprende su mundo sin tener que hacer uso de mi función

'simbólica' u 'objetivante'" (p. 162) y que "mi cuerpo encuentra en un entorno familiar su orientación y su camino entre los objetos sin que yo tenga que tener estos presentes de forma explícita" (p. 429). En otras palabras: el cuerpo tiene la capacidad para desarrollar una comprensión pre-reflexiva de las situaciones que enfrenta y sus acciones adaptativas -que Merleau-Ponty llama *hábitos*, una idea a la que volveré- siguen a esa comprensión en principio de manera concordante. En las palabras del mismo Merleau-Ponty, "es el cuerpo el que 'capta' y 'entiende' el movimiento. La adquisición de un hábito es, en efecto, la comprensión de un significado, pero es la comprensión motriz de un significado motriz" (p. 165). En concordancia con ello, "el proceso de comprender un significado es realizado por el cuerpo" (p. 177) y mi "cuerpo es el tejido en el cual todos los objetos están entrelazados y es, al menos en relación con el mundo percibido, la herramienta general de mi 'comprender'" (p. 273). Estos procesos pre-reflexivos de una aprehensión corporal del mundo de la vida fundamentan el comportamiento del sujeto y le permiten comportarse en correspondencia con la situación del mundo que domina en un momento dado la percepción. Como veremos, estos procesos son esenciales en un mundo que contiene otros sujetos.

La fenomenología de Merleau-Ponty no solo es una fenomenología de la subjetividad corporizada; al mismo tiempo, tiene que ser visualizada como una fenomenología de la intersubjetividad corporizada. Escribe:

“el mundo fenomenológico no es ser puro, sino el sentido que se revela allí donde se cruzan los caminos de mis diferentes experiencias y también donde los míos y los de otras personas se cruzan y se superponen como engranajes. Debido a ello, es inseparable de la subjetividad y la intersubjetividad que encuentran su comunidad cuando retomo mis experiencias pasadas en las presentes o las de otras personas en las mías”. (p. XXII)

La inseparabilidad de subjetividad e intersubjetividad en la experiencia vivida significa para Merleau-Ponty que es necesario no entender el mundo social de forma abstracta como la mera suma de objetos vivos co-existentes, sino más bien como campo o dimensión permanente de la existencia, una estructura pre-reflexiva dada de la experiencia - "Ciertamente puedo volverle la espalda, pero no puedo dejar de estar situado en relación con él" (p. 421). En este contexto, la percepción sensorial puede ser postulada como fenómeno central que constituye al sujeto como sujeto intrínsecamente intersubjetivo:

“En la medida en la que tengo funciones sensoriales, un campo visual, auditivo y táctil, ya me encuentro en comunicación con otros en cuanto sujetos psico-físicos similares. En cuanto mi mirada cae sobre un cuerpo que se encuentra en el proceso de actuar los

objetos que rodean el cuerpo adquieren una nueva capa de significación: ya no son simplemente lo que yo mismo pudiera hacer con ellos, son lo que este otro patrón de comportamiento hará con ellos. En torno a un cuerpo percibido se genera un remolino al cual mi mundo es atraído y por así decir tragado [...] Alguien más hace uso de mis objetos familiares. ¿Pero quién puede ser? Digo que es alguien más, un segundo self, y sé esto en primer lugar porque ese cuerpo vivo tiene la misma estructura que el mío". (pp. 411-412)

Siguiendo el análisis de Merleau-Ponty (1945), el mundo percibido no solo es *mi* mundo, sino también *el* mundo en el cual de modo inevitable observo el comportamiento de otros y experimento su presencia. En este mundo intersubjetivo compartido el comportamiento de otros sujetos -es decir, su cuerpo en movimiento tal como es percibido por mi propio cuerpo- siempre apunta a la situación presente en el mundo, así como lo hace mi propio comportamiento. En consecuencia, "existe entre este mi cuerpo fenoménico y el del otro tal como lo veo desde afuera una vinculación interna, que provoca que el otro aparezca como la completación de un sistema" (p. 410). Y prosigue:

"es precisamente mi cuerpo el que percibe el cuerpo del otro y descubre en ese cuerpo una milagrosa extensión de mis propias intenciones, una manera familiar de tratar con el mundo. Desde aquí en adelante, así como las partes de mi cuerpo juntas conforman un sistema, mi cuerpo y el del otro son una totalidad, dos caras de uno y el mismo fenómeno [...]" (p. 412)

Debido a esto, desde la perspectiva de la concepción fenomenológica de Merleau-Ponty es posible derivar la importante idea de que un sujeto corporizado en relación con otro sujeto corporizado conforman un sistema intersubjetivo corporizado, una idea que en la próxima sección exploraré con mayor detalle.

Merleau-Pont (1945) también estuvo interesado en la forma específica de funcionamiento de la percepción y de la comprensión del otro corporizado vinculada con esta, procesos que visualizaba como integrados en un sistema intersubjetivo y que además concebía como radicalmente corporizados. Afirma:

"El sentido de los gestos no es algo dado, sino algo comprendido, esto es, algo recapturado mediante un acto del observador. Toda la dificultad es concebir con claridad este acto sin confundirlo con una operación cognitiva. La comunicación o la comprensión de los gestos ocurre a través de la reciprocidad de mis intenciones y los gestos del otro, de mis gestos e intenciones que son reconocibles en el comportamiento

de otras personas. Es como si las intenciones de la otra persona vivieran en mi cuerpo y mis intenciones en el cuerpo de esta. [...] Me implico en las cosas con mi cuerpo, las cosas co-existen conmigo en cuanto sujeto corporizado. [...] De la misma manera, entiendo los gestos de otros no por medio de un acto de interpretación intelectual; la comunicación entre una y otra consciencia no se basa en el significado compartido de sus respectivas experiencias ya que igualmente es el fundamento de ese significado". (pp. 215-216)

Aquí Merleau-Ponty destaca que la comprensión del otro corporizado es un fenómeno completamente corporizado y no puede ser en primer lugar visualizado como resultado de un procesamiento cognitivo. Es efectivamente mi cuerpo el que aprehende de modo pre-reflexivo el significado del comportamiento del otro en algo así como una correspondencia de gesto e intención y que con ello posibilita la comprensión de la experiencia del otro. Esto es posible en la medida en la que siguiendo la idea original de Husserl la "percepción y la percepción del propio cuerpo varían una en relación con la otra porque son dos aspectos de un único acto" (p. 237). Nuevamente, Merleau-Ponty enfatiza que esto no quiere decir que obtenemos acceso a la experiencia interna, invisible, que el otro está atravesando: el "significado de un gesto que ha sido de este modo 'entendido' no se encuentra detrás del gesto, está entremezclado con la estructura del mundo bosquejada a través del gesto y lo asumo por mi propia cuenta" (p. 216).

Un último aspecto relevante del análisis fenomenológico de la subjetividad y la intersubjetividad corporizadas de Merleau-Ponty (1945) que deseo discutir es su concepto de hábito. Ya mencioné que los hábitos son esencialmente acciones adaptativas que expresan la familiaridad del sujeto corporal con el mundo de la vida en el que vive. Merleau-Ponty asevera que un hábito no es ni una forma de conocimiento en el sentido tradicional ni una acción involuntaria y lo define de la siguiente manera: "Es conocimiento en las manos que solo aparece cuando se lleva a cabo un esfuerzo corporal y que no puede ser formulado con independencia de tal esfuerzo" (p. 166), una definición que recuerda bastante la definición que Lyons-Ruth (1999) ofrece del conocimiento relacional implícito. Merleau-Ponty también lo describe como un "cuerpo implícito o sedimentado de conocimiento" (p. 277). De acuerdo a estas definiciones, los hábitos son habilidades adquiridas o procedimientos motrices cuya existencia solo puede ser verificada mediante su realización concreta, esto es, por medio del llevar a cabo de una secuencia motriz aprendida. Más allá, estas definiciones traen consigo la idea de que los hábitos constituyen una "capa" del cuerpo vivido, una capa que subyace al cuerpo tal como es experimentado simplemente en el momento presente (Merleau-Ponty, 1945). Merleau-Ponty subraya de forma adicional que un hábito siempre es tanto un fenómeno motriz como también un fenómeno de la percepción ya que se "encuentra entre la

percepción explícita y el movimiento realizado en la función fundamental que coloca límites a nuestro campo de visión y a nuestro campo de acción" (p. 175). Esta afirmación es significativa porque muestra que los hábitos participan con independencia de su función de adaptación en la generación y el sostenimiento de restricciones a las posibilidades de percepción y acción del sujeto -lo que Stolorow, Atwood y Orange (2002) han denominado la generación de los horizontes de un mundo de experiencia.

Para Merleau-Ponty (1945) los hábitos tienen una significación fundamental en su comprensión del mundo intersubjetivo. Escribe que el cuerpo "asegura a través de mis hábitos mi inserción en el mundo humano [...]" (p. 342) y que los hábitos "tejen alrededor de este un entorno humano [...]" (p. 381). En este sentido, la construcción corporizada de hábitos puede ser visualizada como la forma que tiene el cuerpo de transformar en la experiencia vivida el mundo en un mundo humano. En otras palabras, los hábitos y los demás sujetos son fenómenos inseparables y pertenecen, en esencia, a una misma dimensión de la existencia. Puede decirse que los hábitos enraízan al sujeto corporal en un mundo intersubjetivo y expresan familiaridad con el dominio de los otros -y, por lo tanto, también expresan una capa de experiencia en ese dominio. Posibilitan la realización de comportamientos adaptativos en relación con los otros y también respecto de los objetos y prácticas que forman parte del mundo cultural compartido. Como veremos, la idea de una vinculación intrínseca entre el fenómeno del hábito y la intersubjetividad corporizada es una concepción central que subyace al intento por conceptualizar aspectos sensoriomotrices de los principios organizadores de los mundos subjetivos de experiencia.

En esta sección, he presentado distintos aspectos de las interpretaciones fenomenológicas que Husserl y en especial Merleau-Ponty hacen de la subjetividad y la intersubjetividad corporizadas. Como ha quedado en evidencia, ambos filósofos postulan una vinculación irreductible entre cuerpo, sujeto, otro y mundo y, en ello, entretejen de modo inseparable los hilos experienciales de subjetividad e intersubjetividad sobre la base de la corporización. Esta discusión es intencionada como fundamento y marco filosófico para las ideas contenidas en las secciones subsiguientes. La próxima sección introduce tres conceptos esenciales -sistema intersubjetivo corporizado, influencia mutua corporizada y lectura corporal recíproca- que deben visualizarse como formulación y elaboración teórica de muchas de las ideas filosóficas de Husserl y Merleau-Ponty sobre la existencia corporizada. Estos conceptos prepararán la discusión subsiguiente sobre los principios organizadores de la subjetividad y sus aspectos sensoriomotrices, que representan la meta más importante de este trabajo.

### **Sistemas intersubjetivos corporizados, influencia mutua corporizada y lectura corporal recíproca**

La noción de los sistemas intersubjetivos en el psicoanálisis tiene su origen en el trabajo de Robert Stolorow y George Atwood, teóricos que están fuertemente influenciados por diversos desarrollos en la filosofía fenomenológica (Atwood & Stolorow, 1984; Orange, Atwood & Stolorow, 1997; Stolorow & Atwood, 1992; Stolorow, Atwood & Orange, 2002; Stolorow, Brandchaft & Atwood, 1987). En efecto, es posible afirmar que el concepto de los sistemas intersubjetivos es un intento útil de formular en un nivel teórico comprensiones filosóficas generadas por medio de la investigación fenomenológica. Con ello, tales comprensiones pueden apuntalar la teorización analítica post-cartesiana en el marco de un contextualismo fenomenológico. Estos significativos esfuerzos han contribuido de forma notable a la necesaria explicitación y revisión de los fundamentos filosóficos y epistemológicos del psicoanálisis contemporáneo. Este ambicioso proyecto es fundamental para la construcción y el refinamiento conceptual cada vez más consecuente de los modelos teóricos y clínicos relacionales actuales. Aún cuando los teóricos de los sistemas intersubjetivos han reconocido abiertamente la relevancia específica y la influencia específica de la fenomenología de la intersubjetividad corporizada de Merleau-Ponty (Orange, 2010), a mi parecer muchas de sus valiosas ideas aún no han sido integradas de modo suficientemente explícito en sus constructos teóricos más importantes. En esta sección, propondré una forma específica de hacerlo.

Stolorow, Brandchaft y Atwood (1987) definen un sistema intersubjetivo como un sistema relacional constituido a través de la interacción dinámica de dos o más mundos subjetivos con organizaciones diferentes. En su teoría psicoanalítica de los sistemas intersubjetivos, la noción de un sistema intersubjetivo un constructo teórico fundamental que contribuye a conferirle forma concreta a la necesidad omnipresente de contextualizar la experiencia subjetiva en términos relacionales. Este énfasis en la necesidad de una continua contextualización de la experiencia subjetiva es un principio general que deriva de la idea de que la experiencia de ser un individuo nunca puede ser concebida fielmente mediante la concepción de una mente aislada cartesiana. De acuerdo a la teoría psicoanalítica de los sistemas intersubjetivos, toda experiencia psicológica tiene que ser contextualizada como algo que originalmente emerge en sistemas intersubjetivos específicos y que con posterioridad es mantenido o transformado a su vez en sistemas intersubjetivos específicos con la finalidad de poder explorar y comprender sus significados conscientes e inconscientes de manera cuidadosa y precisa. "Quién somos es resultado de los diversos campos intersubjetivos en los que hemos vivido" (Jaenicke, 2011, p. 25) y en los cuales vivimos en la actualidad. Desde este punto de vista, las complejas vicisitudes conscientes e inconscientes en el seno de tales sistemas, que son generadas a través del continuo interjuego recíproco entre los mundos de experiencia de paciente y analista en el tratamiento, se convierten en el dominio propio de la exploración psicoanalítica.

Tal como vimos en la sección anterior, Merleau-Ponty (1945) mismo escribió sobre un sistema generado por el sujeto y otro sujeto en su conjunto estar-en-el-mundo. Enfatice también la concepción que Merleau-Ponty tiene del sujeto como sujeto corporizado, una idea que tiene su origen en el pensamiento de Husserl. Si aplicamos esas ideas al concepto analítico de un sistema intersubjetivo, surge la noción significativa de un *sistema intersubjetivo corporizado*, que es generado a través del entrecruzamiento dinámico y continuo de subjetividades corporizadas. Podría argumentarse que el añadido de la palabra *corporizado* a la idea de un sistema intersubjetivo es superfluo porque tal concepto siempre ya presupone en todos los sistemas relacionales una dimensión corporal sensoriomotriz. Sin embargo, precisamente ese presuponer de esta dimensión específica en las formulaciones teóricas analíticas me parece a menudo llevar a que pocas veces se encuentre en el primer plano de la atención clínica del analista y de su comprensión del paciente dentro y fuera del setting analítico. Los desarrollos contemporáneos basados en la investigación de infantes y la teoría del apego (Beebe, 2004; Beebe, Knoblauch, Rustin & Sorter, 2005; Beebe & Lachmann, 2002; Knoblauch, 2000, 2005; Lyons-Ruth, 1999; Schore, 2005, 2011) así como otras aproximaciones relacionales al cuerpo (Anderson, 2008; Aron & Anderson, 1998; Sletvold, 2011) han contribuido significativamente a contradecir a ese desequilibrio histórico que deja aparecer poco el cuerpo en el psicoanálisis. No obstante, pienso que el intento de tomarse en serio los conceptos paradigmáticos de la subjetividad y la intersubjetividad corporizadas hace necesario volver tan explícito como sea posible el dominio corporizado de la experiencia y de la existencia en nuestros constructos teóricos cercanos a la experiencia y más alejados de la experiencia.

El concepto de un sistema intersubjetivo corporizado parte del supuesto de que cualquier sistema relacional compuesto por dos o más sujetos no solo exhibe aspectos conscientes e inconscientes, sino también siempre aspectos psíquicos-emocionales y corporales-no-verbales. Distintos teóricos relacionales han señalado hacia una idea similar mediante el uso cada vez más extendido de los conceptos complementarios de un ámbito implícito y explícito en la interacción temprana y analítica (BCPSG, 2002, 2005, 2007, 2008; Beebe et al., 2005; Beebe & Lachmann, 2002; Lyons-Ruth, 1999; Schore, 2005, 2011; Stern et al., 1998). Beebe y sus colaboradores (2005) escriben, por ejemplo, que la expresión *implícito* puede ser gruesamente equiparado con el dominio no-verbal y que, por ello, hacer referencia a fenómenos que abarcan el ámbito de la acción e interacción. Una complicación conceptual que este uso trae consigo es el hecho de que los procesos implícitos de modo habitual son concebidos como no conscientes y que, más allá, a pesar de algunos intentos iniciales en esa dirección (BCPSG, 2008), el fenómeno de la toma explícita de consciencia de los procesos implícitos aún no ha sido conceptualizado de forma sistemática. Esta circunstancia vuelve problemático integrar en un dominio implícito el ámbito de la experiencia del cuerpo vivido

en su totalidad, que engloba un continuo experiencial desde muy consciente hasta profundamente inconsciente. Orange (2011) nos recuerda que desde una perspectiva fenomenológica "el dualismo de implícito y explícito puede inducir a confusión en su abstracción de la complejidad de la experiencia vivida" (p. 192) debido a que simplifica en exceso la multiplicidad de la experiencia corporizada<sup>2</sup>. En consecuencia, aquí he preferido emplear la expresión *corporizado* en vez de *implícito* con la deliberada intención de incluir en la definición de un sistema intersubjetivo tanto fenómenos experienciales conscientes como no conscientes.

Una de las características principales de un sistema intersubjetivo es la denominada influencia mutua (Jaenicke, 2011; Stolorow & Atwood, 1992). Siguiendo a Teicholz (2007), la influencia mutua en sí misma no es una prescripción para una determinada actitud o intervención analítica, sino más bien una condición inevitable de la vinculación humana. En cuanto condición de la vinculación humana, necesariamente está presente en cualquier interacción dada entre sujetos, por ende tanto en la relación temprana como en la relación analítica. La influencia mutua es una noción extendida en el psicoanálisis relacional que hace referencia sobre todo a la influencia recíproca continua que paciente y analista inevitablemente ejercen por medio de su participación personal en su intercambio afectivo bi-direccional. La influencia mutua se manifiesta al mismo tiempo en un nivel consciente e inconsciente y, como es el caso con muchos fenómenos inconscientes desde el punto de vista de los modelos psicoanalíticos relacionales (Renik, 1993), sus aspectos no conscientes habitualmente solo pueden ser reconocidos y comprendidos y sus implicancias en alguna medida aprehendidas después de que ya han tenido lugar. Si volvemos a recurrir a la fenomenología de la percepción de Merleau-Ponty, podemos entonces hablar de modo directo acerca de una *influencia mutua corporizada* como característica central de los sistemas intersubjetivos corporizados, un fenómeno en el cual sujetos corporizados se influyen de modo continuo recíprocamente de manera intencionada y no intencionada mientras interactúan. En muchos de los usos existentes de la noción de influencia mutua la relevancia determinante del intercambio de formas no-verbales de expresión es implicado o reconocido abiertamente. Los teóricos analíticos influenciados por la investigación de infantes tienden a destacar la dimensión no-verbal de la influencia en las interacciones interpersonales.

La influencia mutua corporizada es un concepto que coloca como medio primario en un primer plano tanto la tendencia a la expresión que es intrínseca al cuerpo como su capacidad fundamental de percibir, reconocer y comprender la expresión corporal observada. Los rudimentos iniciales de esta capacidad al parecer están profundamente arraigados y son innatos, tal como los estudios del desarrollo de Meltzoff (2002) sobre la imitación neonatal han mostrado de forma convincente. En las últimas décadas, los fenómenos en cuestión han

atraído considerable interés en las ciencias cognitivas, las neurociencias y la psicología del desarrollo, donde son resumidas en importantes áreas de investigación como "teoría de la mente" o "neurociencias sociales". En el contexto de este trabajo es de significación llevar la atención al hecho de que los hallazgos de diversos investigadores han provocado un inesperado acercamiento entre las mencionadas áreas de investigación y la fenomenología (Gallese, 2011; Gallese, Keysers & Rizzolatti, 2004). Gallese y sus colaboradores (2004) aseveran por ejemplo: "El mecanismo de la comprensión de acciones al que subyace el mecanismo de las neuronas espejo es conceptualmente similar a la propuesta que hacen los fenomenólogos y en particular Merleau-Ponty respecto de la comprensión de acciones" (p. 397). El trabajo de Gallese ha hecho uso especialmente del concepto de la *simulación corporizada* como explicación neurobiológica fundamental de la capacidad del individuo para entender la experiencia de otro sujeto por medio de la simulación de acciones observadas a través de neuronas espejo. Tal simulación posibilita al mismo tiempo el acceso a las intenciones y afectos subyacentes. Merleau-Ponty (1945) expresa esto de la siguiente manera: es "como si la intención de la otra persona habitara mi cuerpo [...]" (p. 215). Aquí, la comprensión de acciones incluye fenómenos corporales como la expresión facial, los gestos y otros movimientos corporales. En otras palabras, la comprensión de acciones abarca un área adicional de acciones que comunican expresión emocional y expresan comportamiento intencionado, motivado.

En otro lugar, he llamado la constelación descrita de fenómenos *lectura corporal implícita recíproca* (Sassenfeld, 2008, 2010) y con ello he querido decir que "el proceso de aprehender un significado es llevada a cabo por el cuerpo" (Merleau-Ponty, 1945, p. 177) y a la vez que aquello que es "leído" también es el cuerpo. Mi concepción de la lectura corporal implícita recíproca intenta capturar de manera específica los siguientes tres procesos interconectados: (1) la percepción de la expresión emocional-intencional de otro sujeto corporal; (2) el reconocimiento y procesamiento de los posibles significados de una expresión corporal percibida; y (3) la comprensión de la expresión percibida y la capacidad de actuar y reaccionar en concordancia con tal comprensión en la situación existente. Esta secuencia esencialmente no debiera ser visualizada como parte de la dimensión del pensamiento y razonamiento cognitivos explícitos, algo que ya Merleau-Ponty (1945) había señalado. Por el contrario, la utilización de la palabra *implícita* originalmente quería subrayar que en la experiencia vivida la lectura corporal en el sentido aquí expuesto transcurre en cuanto verdadero fundamento de nuestro comportamiento adaptativo en las situaciones interpersonales que enfrentamos en nuestro mundo de la vida por lo común de forma pre-reflexiva. En consecuencia, la lectura corporal recíproca es un proceso central en el nivel pre-reflexivo de la interacción humana que posibilita la comprensión de acciones y, con ello, hace posible una aproximación empática a la comprensión de la experiencia de otro sujeto. Desde

una perspectiva ligada al desarrollo, puede decirse que recién después de un entrenamiento y ejercicio no consciente de esta habilidad a lo largo de los primeros años de vida el niño puede comenzar a utilizarla también en ciertos momentos de modo explícito e intencionado en determinadas interacciones, pero incluso entonces solo más bien excepcionalmente en situaciones relacionales cotidianas. En este trabajo, prefiero en un sentido más amplio referirme solo a la *lectura corporal recíproca* con la finalidad de incorporar un continuo de experiencias que abarca desde una reflexión deliberada y un razonamiento consciente sobre la experiencia subjetiva de un otro a partir de la percepción de expresiones corporales hasta el procesamiento no consciente de señales no-verbales percibidas y un reaccionar más bien automático.

Como es sabido, Fonagy ha introducido el concepto de *mentalización* para describir fenómenos parecidos a los recién esbozados. Entre otras cosas, ha definido la mentalización como "lectura de mentes" (Allen, Fonagy & Bateman, 2008; Fonagy, Gergely, Jurist & Target, 2002). En parte, la formulación del concepto de la lectura corporal recíproca es un intento por aclarar que la concepción de la mentalización como "lectura de mentes" -un concepto utilizado con el fin de describir la capacidad del individuo para entender los estados psicológicos internos de un otro que subyacen a su comportamiento perceptible- puede caracterizarse mejor y de forma más exacta como "lectura de cuerpos". Expresado de otro modo, esto quiere decir que en realidad leemos la mente del otro primariamente -es decir, en la experiencia vivida- a través de la percepción, el procesamiento y la comprensión pre-reflexivas de señales no-verbales expresivas. Más allá, me parece que el concepto de mentalización se refiere a una habilidad psicológica individual y que, con ello, "malinterpreta todo [en este contexto, acciones] como expresión de algo interior en vez de ver el fenómeno del cuerpo en la vinculación con otros seres humanos" (Heidegger, 2006 [1987], p. 118). La idea de la lectura corporal recíproca intenta, en cambio, tomarse en serio la necesidad de contextualizar la experiencia subjetiva postulada por la teoría psicoanalítica de los sistemas intersubjetivos y efectivamente aplicarla. Por lo tanto, desde mi punto de vista, que tiene como punto de partida una influencia mutua corporizada que tiene lugar en un sistema intersubjetivo corporizado, la lectura corporal tiene que concebirse necesariamente como fenómeno recíproco. Como afirma la expresión de Merleau-Ponty (1945) ya mencionada, es "como si las intenciones de la otra persona habitaran mi cuerpo y *mis intenciones el suyo*" (p. 215, cursiva del original). Tanto en el desarrollo temprano como también en la interacción analítica, el infante y la figura de apego o el paciente y el analista leen de manera continua el cuerpo expresivo del otro mientras que, al mismo tiempo, ambos son consciente y no conscientemente influenciados por la expresión no-verbal del otro, con la finalidad de regular su participación en el intercambio afectivo y también con la finalidad de influenciar al otro intencionada o no intencionadamente en base a su comprensión pre-reflexiva y en ocasiones

reflexiva de las acciones del otro.

Ahora bien, ¿el cuerpo de quién es efectivamente leído en la lectura corporal recíproca? Merleau-Ponty (1945) formuló respecto de esta pregunta una profunda y hasta hoy significativa respuesta hace ya más de sesenta años. De acuerdo a la fenomenología de la percepción de Merleau-Ponty, la percepción de un objeto externo y la percepción del propio cuerpo son dos aspectos de un proceso único que no se puede separar. Esto quiere decir que la aprehensión de significados y experiencias que son expresados por parte de otro sujeto corporal presupone no solo la percepción y el procesamiento de las formas corporales de expresión del otro, sino además la percepción y el procesamiento de aquello que la percepción del otro cuerpo provoca en nuestro propio cuerpo. Leer al otro significa al mismo tiempo aprendernos a nosotros mismos debido a que en parte la comprensión del otro significa un comprender al otro a través de nosotros mismos. En otras palabras, esto quiere decir que al menos en cierto grado recurrimos a nuestra propia experiencia para interpretar y aprehender la experiencia de otro sujeto. Esto ocurre principalmente de modo pre-reflexivo, no consciente, y es probable que solo fragmentos de este proceso pueden volverse conscientes - una circunstancia no hace menos deseable o útil una ampliación de la consciencia del analista respecto de su propia experiencia corporal en el contexto clínico como medio de profundización en la comprensión de la experiencia del paciente. Lo que he detallado implica que en la lectura corporal recíproca el cuerpo del analista se lee a sí mismo y lee el cuerpo del paciente mientras que, a la vez, el cuerpo del paciente se lee a sí mismo y lee el cuerpo del analista.

En esta sección, he intentado formular algunas de las comprensiones fenomenológicas de Merleau-Ponty en un nivel teórico analítico con un foco en la subjetividad y la intersubjetividad corporizadas. He hecho un esfuerzo por vincular sus ideas de manera específica con los conceptos de un sistema intersubjetivo y de una influencia mutua y, en ello, por concebirlos como un sistema intersubjetivo corporizado caracterizado por una influencia mutua corporizada. Más allá, he descrito la influencia mutua corporizada como algo basado en procesos recíprocos de lectura corporal, con lo cual en cualquier interacción dada - incluyendo el intercambio afectivo entre infante y figura de apego y entre paciente y analista- los participantes continuamente perciben, interpretan y comprenden de modo pre-reflexivo las formas corporales-emocionales-intencionales de expresión del otro y reaccionan en términos interactivos apoyándose en tal comprensión en un proceso constante. Junto al trasfondo filosófico precedente, estas formulaciones teóricas representan el necesario contexto conceptual para la discusión subsiguiente de los principios organizadores de la subjetividad, su dimensión sensoriomotriz y la utilidad clínica de estas concepciones.

### **Los principios organizadores de la subjetividad y su dimensión sensoriomotriz**

Orange (1995) escribe que la teoría analítica de los sistemas intersubjetivos entiende al ser humano como sujeto, esto es, como organizador activo de su propia experiencia y no como receptor pasivo de influencias relacionales formativas del pasado y del presente. Este acento conceptual complementa el énfasis ya mencionado en la manera en la que la participación en sistemas intersubjetivos específicos contribuye significativa y continuamente a conferir forma a la experiencia consciente. En la teoría de los sistemas intersubjetivos, el concepto de los *principios organizadores de la subjetividad* es el constructo teórico esencial que designa en términos generales estructuras psicológicas pre-reflexivas del sujeto, que de modo predominantemente no consciente organiza configuraciones habituales de la experiencia (Atwood & Stolorow, 1984; Orange, Atwood & Stolorow, 1997; Stolorow & Atwood, 1992; Stolorow, Atwood & Orange, 2002). Atwood y Stolorow (1997) afirman: "El concepto de estructura en la teoría de la intersubjetividad [...] remite a patrones globales en los que la experiencia toma forma de manera repetida, principios organizadores pre-reflexivos que se manifiestan como temáticas recurrentes en el flujo de la experiencia subjetiva [...]" (p. 520). En consecuencia, los principios organizadores no deben ser ellos mismos ser entendidos como experiencias, sino más bien como expectativas generales que han adquirido forma a partir de experiencias relacionales vividas.

Este destacar conceptualmente la construcción psicológica de expectativas es concordante con ideas similares en aproximaciones basadas en la psicología del self (Lichtenberg, Lachmann & Fosshage, 1996) y en la investigación contemporánea de infantes y la teoría del apego. Beebe y Lachmann (2002, 2003) utilizan por ejemplo de manera extensa el concepto de expectativas para conceptualizar la capacidad en desarrollo del niño de anticiparse a secuencias de intercambio afectivo. Siguiendo a Beebe y Lachmann, la experiencia vivida en la infancia es organizada primariamente por medio de la co-construcción de expectativas vinculadas con interacciones regulatorias. Como parte importante de los primeros procesos psíquicos del infante, estas expectativas implícitas son concebidas más como no conscientes que como dinámicamente inconscientes. La concepción de la psique en la teoría de los sistemas intersubjetivos está, por otro lado, ligada de manera estrecha con el concepto de principios organizadores habitualmente pre-reflexivos y por ende no conscientes:

“En lugar de las teorías topográficas y estructurales de la mente de Freud, nos imaginamos una totalidad organizada de experiencia personal vivida, más o menos consciente y más o menos delimitada de acuerdo a aquellas convicciones emocionales o principios organizadores que han adoptado forma a lo largo de una vida de experiencias emocionales y relacionales. En vez de un contenedor, nos imaginamos un sistema experiencial de expectativas, patrones interpretativos y significados, en especial de

aquellos que han adoptado forma en contextos de trauma psicológico -pérdidas, deprivaciones, shocks, heridas, violaciones y así sucesivamente". (Stolorow, Atwood & Orange, 2002, p. 45)

Como se puede reconocer aquí, los teóricos de los sistemas intersubjetivos intenta definir la mente en términos fenomenológicos y evitar el uso de metáforas cartesianas.

Más allá, el concepto de los principios organizadores de la subjetividad está también vinculado de manera directa con la concepción de la motivación que tienen los teóricos de los sistemas intersubjetivos. De acuerdo a esta, la necesidad de establecer y mantener la organización de la experiencia es un motivo central en la adquisición de patrones de experiencia (Stolorow & Atwood, 1994). Por lo tanto, estos teóricos conciben el desarrollo del self como estructuración de la experiencia personal. En un desarrollo óptimo, el individuo logra un equilibrio relativamente flexible entre la mantención de organizaciones de la experiencia ya existentes y la apertura a nuevas formas de la experiencia, que posibilitan una expansión constructiva de los horizontes de experiencia del sujeto. Un desarrollo subóptimo implica un aferramiento más bien inflexible a organizaciones existentes de la experiencia y, a la vez, dificultades significativas en relación con la integración transformadora de experiencias novedosas. En efecto, "uno puede sentir y saber en tal sistema o mundo ciertas cosas, a menudo de modo repetitivo y con incuestionable certeza. Todo aquello que una persona no puedes sentir o saber cae fuera de los horizontes (Gadamer [1975] 1991) de su mundo de experiencia [...]" (Stolorow, Atwood & Orange, 2002, p. 45). Los principios organizadores fundamentales que conforman la subjetividad de un individuo son construidos primariamente en los primeros años de vida. En el contexto de ciertas experiencias emocionales y relacionales reiteradas en el seno del sistema intersubjetivo co-constituido entre el niño y sus figuras de apego, el niño busca formar un concepto coherente de sí mismo y conferirle patrones relativamente estables a su mundo de experiencia. El resultado es la construcción de un conjunto fundamental de principios organizadores que empiezan a organizar la experiencia subjetiva de modo característico, por lo común en congruencia con las experiencias emocionales y relacionales tempranas.

Los teóricos de los sistemas intersubjetivos han definido los principios organizadores como *conclusiones emocionales* que el individuo saca a partir de sus experiencias formativas con el entorno emocional, en especial el entorno emocional representado por las figuras tempranas de apego (Orange, 1995; Orange, Atwood & Stolorow, 1997; Stolorow, Atwood & Orange, 2002). Además, y de particular relevancia para mi argumento, han descrito los principios organizadores como *convicciones emocionales* pre-reflexivas que le confieren forma a la experiencia habitualmente a través de la actuación de expectativas respecto de las consecuencias que determinadas maneras de ser, sentir y pensar podrían tener en términos

relacionales en los vínculos afectivos. En cuanto existen principios organizadores de la subjetividad, el individuo trae sus convicciones emocionales de modo típicamente no consciente a cualquier tipo de interacción, incluyendo la relación analítica. Desde la perspectiva de la teoría de los sistemas intersubjetivos, la transferencia puede efectivamente ser definida como la presencia de actividad organizativa en la interacción clínica (Orange, Atwood & Stolorow, 1997; Stolorow, Brandchaft & Atwood, 1987). Sin embargo, es indispensable agregar que en esta concepción la transferencia no puede ser entendida separada de la contratransferencia. Más bien, ambas tienen que ser visualizadas en conjunto como implicadas de manera recíproca en el campo intersubjetivo paciente-analista de influencia mutua y, por ende, también son conceptualizadas como co-transferencia (Orange, 1995). Dicho de otro modo, en la relación analítica siempre está presente un entrecruzamiento por lo común irresoluble de los principios organizadores de paciente y analista.

Partiendo de mi discusión en las secciones precedentes, tomarse en serio la idea de una subjetividad corporizada necesariamente significa que los principios organizadores de la subjetividad tienen que ser concebidos como fenómenos corporizados. En tal perspectiva, estos pueden ser definidos como *principios organizadores corporizados* o *convicciones emocionales corporizadas* del sujeto. Ahora bien, ¿cómo puede ser conceptualizada la noción de convicciones emocionales corporizadas con mayor precisión? El hecho conocido de que la emoción siempre tiene un aspecto expresivo motriz contribuye a fortalecer la idea fundamental de principios organizadores corporizados ya que pone en evidencia la intrínseca inseparabilidad de la expresión corporal concreta y de la experiencia del afecto. No existe experiencia emocional que no se manifieste al mismo tiempo de alguna manera mediante diversas formas corporales de expresión, desde gestos o cambios en la mirada inconfundiblemente perceptibles hasta cambios más sutiles del proceso respiratorio o del patrón de tensiones musculares. Más allá, el investigador de infantes y psicoterapeuta analítico orientado al cuerpo George Downing (1996) desarrolló originalmente el concepto de *esquemas afectivo-motrices* para subrayar la dimensión sensoriomotriz de los esquemas relacionales que un niño pequeño forma en el contexto de las interacciones afectivas tempranas con las figuras primarias de apego. La adquisición de estos esquemas requiere una fina sintonización de patrones de movimiento y gestos así como aprender a utilizar la expresión emocional como señal interpersonal en situaciones socioemocionales. Downing (2006) recientemente ha redefinido estos esquemas como *microprácticas corporales* contextualizadas en términos relacionales, maniobras estratégicas de acción o habilidades interactivas corporizadas, que el niño construye con la finalidad de comportarse de forma adaptativa en su entorno intersubjetivo.

Para mi argumento es de importancia que Geissler (2001), en su discusión del trabajo

de Downing, ha mostrado la posibilidad de definir las microprácticas corporales de Downing como *convicciones motrices* o *expectativas relacionales sensoriomotrices*. En otras palabras, la dimensión sensoriomotriz de los principios organizadores de la subjetividad se refiere de manera específica a convicciones y certezas relacionales que se manifiestan palpablemente a través de actitudes corporales y formas corporales de expresión, esto es, se refiere a estructuras pre-reflexivas corporizadas de la experiencia. Son el resultado relativamente duradero de las experiencias repetidas con otros significativos en sistemas intersubjetivos corporizados y, al mismo tiempo, son mantenidas o transformadas en los sistemas intersubjetivos en los cuales el sujeto participa. En cuanto existen, son traídas a las interacciones subsiguientes y tienden a determinar en cierto grado la configuración de los procesos de intercambio afectivo en el nivel de la influencia mutua corporizada y a dar forma a la experiencia relacional subjetiva del individuo. En la dimensión de la intersubjetividad corporizada en la práctica clínica, la actividad organizadora transferencial generada por las convicciones motrices literalmente visible en determinadas formas corporales-emocionales de expresión. Estas son adoptadas por el paciente cuando se encuentra frente a ciertas situaciones significativas en términos emocionales, que de algún modo se asemejan a aquellas facetas de su historia emocional-relacional que originalmente estuvieron implicadas en la construcción de las convicciones motrices activadas. Siguiendo la concepción de un entrecruzamiento inevitable de transferencia y contratransferencia en la co-transferencia, la actividad organizadora corporizada del paciente está por otro lado hasta cierto grado vinculada con la actividad organizadora corporizada contratransferencial del analista, es decir, con la forma en la que el analista actúa. Jaenicke (2011) escribe al respecto: "En el nivel de la influencia mutua, el proceso psicoterapéutico está en consecuencia determinado por el interjuego de los principios organizadores principales del paciente y del terapeuta [...]" (pp. 26-27).

Las convicciones motrices de Downing también pueden ser descritas como un cierto tipo de conocimiento de acción que no precisa de procesamiento cognitivo o verbal, pareciéndose a los conceptos de conocimiento procedural o conocimiento relacional implícito. Más allá, las convicciones motrices son *hábitos* afectivo-motrices que con su utilización repetida han sido automatizados y que, por lo tanto, transcurren de manera principalmente no consciente (Downing, 2006; Geissler, 2001). Tal como vimos en una sección precedente, Merleau-Ponty (1945) hizo referencia al desarrollo de hábitos corporales como una capa del cuerpo vivido que posibilita acciones adaptativas mediante la familiaridad con el mundo de la vida y que participa de forma directa en la inserción del sujeto corporal en un mundo humano que lo rodea. En efecto, los hábitos son una modalidad fundamental de participar del mundo intersubjetivo y de adaptarse a este debido a que un hábito puede ser visualizado como reacción adaptativa a circunstancias relativamente estables en el campo

relacional. Tal como ya he mencionado, Merleau-Ponty además enfatizó que los hábitos se encuentran "entre la percepción y el movimiento explícitos en la función fundamental que le coloca límites a nuestro campo visual y a nuestro campo de acción" (p. 175). Esta idea nos permite entender las convicciones emocionales, las convicciones motrices o hábitos y una función relevante de los principios organizadores de la subjetividad en un contexto unitario -a saber, su contribución fundamental a la formación de los horizontes de experiencia del sujeto. Una perspectiva basada en la intersubjetividad corporizada considera que los principios organizados tienen una dimensión sensoriomotriz caracterizada por convicciones motoras. Así como las convicciones emocionales en cierto grado delimitan las posibilidades de la experiencia emocional y relacional, las convicciones motrices lo hacen en relación con el comportamiento motor y la expresión afectiva corporal y, con ello, estrechan aspectos importantes del mundo de experiencia del individuo.

Desde el punto de vista de la teoría de los sistemas intersubjetivos, una meta significativa del trabajo analítico es desplegar, iluminar y transformar el mundo de experiencia del paciente (Stolorow, Brandchaft & Atwood, 1987). Esta meta solo puede alcanzarse en el seno del sistema intersubjetivo de influencia mutua específico formado por un paciente particular y un analista particular. Un aspecto fundamental del trabajo terapéutico que es necesario para alcanzar la meta mencionada es la focalización en los principios organizadores pre-reflexivos de la subjetividad para que estos se vuelvan accesibles a reflexión, comprensión y contrastación conscientes. La transformación de un mundo de experiencia implica la ampliación de los horizontes de experiencia del individuo. Esta tarea solo puede cumplirse a través del estar abierto para nuevas experiencias relacionales capaces de contradecir las expectativas emocionales y -a esto ahora agrego- las convicciones motrices existentes que constriñen un mundo de experiencia. Desde este punto de vista, la transformación incluye cambios en la familiaridad del paciente con el mundo de la vida en el cual vive. Al mismo tiempo, la transformación es visualizada en la teoría de los sistemas intersubjetivos como fenómeno relacional, en el cual también el analista tiene que elaborar sus propios principios organizadores de la subjetividad que entran en juego en las interacciones con un paciente dado para posibilitar transformaciones constructivas en el sistema intersubjetivo y, con ello, en la organización habitual de la experiencia del paciente (Jaenicke, 2011; Orange, 1995). En la siguiente sección, presentaré material clínico con la finalidad de ilustrar el valor psicoterapéutico del concepto de las convicciones motoras que he bosquejado en esta sección.

### **Las convicciones motoras pre-reflexivas en la práctica clínica**

El trabajo analítico con la dimensión sensoriomotriz de los principios organizadores pre-reflexivos de la subjetividad requiere de un entrenamiento relativamente sistemático de a

atención del analista en su capacidad para percibir de modo específico las vicisitudes del dominio no-verbal en la relación analítica. Esta capacidad a menudo es difícil de entrenar, en primer lugar porque habitualmente no forma parte de la formación analítica. Muchos analistas no están acostumbrados a concentrarse en su propia experiencia corporal y la de sus pacientes -la atención analítica tradicional está más bien entrenada para enfocarse en otros aspectos menos visibles de la situación psicoanalítica. Además, si la atención respecto del cuerpo en la formación o en estudios personales es visualizada como relevante, muchas veces la modalidad de la lectura corporal que es considerada valiosa es la modalidad en general apreciada en la investigación de infantes: la observación del dominio no-verbal tal como es llevada a cabo por alguien que, por así decir, se encuentra fuera del intercambio afectivo observado, tal como es realizado por ejemplo en la investigación microanalítica de grabaciones de video de secuencias interactivas. Allí, se hacen grandes esfuerzos con el fin de subdividir la experiencia vivida. Debido a ello, la experiencia corporal del observador a menudo solo es relevante de forma secundaria, si acaso es tomada en cuenta. Prestar atención de manera sistemática al enormemente dinámico y complejo dominio de la interacción no-verbal vivida y a la gran diversidad de fenómenos corporales que la caracterizan de modo continuo es una tarea muy desafiante.

El necesario entrenamiento de la atención incluye en especial una expansión de la atención a la propia experiencia corporal del analista -como mostré en la discusión anterior, percepción, interpretación y comprensión de la expresión corporal del paciente es tanto un proceso de percepción sensorial exterior como también un proceso de interocepción, esto es, de percepción del propio cuerpo. Teóricos relacionales como Knoblauch (2000, 2005), Schore (2005), Wallin (2007) y otros han hecho contribuciones relevantes a la comprensión teórica de aquella atención que se precisa para la aprehensión de fenómenos a veces claramente perceptibles y muchas veces más bien sutiles pertenecientes habitualmente al dominio sensoriomotriz no consciente. En mi opinión, un aspecto esencial de esta cultivación de la atención al dominio no-verbal es aprender a no sacar conclusiones rápidas sobre el significado de aquello percibido en el nivel de la subjetividad y la intersubjetividad corporizadas. A menudo, parece necesario quedarse junto a lo percibido y adentrarse sintiendo en términos emocionales y corporales en lo percibido. Muchas veces, posibles significados de lo observado surgen de modo más bien espontáneo en la experiencia del analista cuando este lo permite sin intentar de manera demasiado consciente articular significados de modo explícito. En este sentido, Knoblauch (2005) enfatiza que la dimensión sensoriomotriz tiene un ritmo propio y que hace falta tiempo para acostumbrarse a este y para entonarse con este. En otros momentos, la verbalización de las percepciones del analista puede ser el inicio de un proceso constructivo de una búsqueda conjunta de sentido (Orange, 1995) en los aspectos percibidos de la experiencia corporizada.

La primera viñeta que deseo describir no es en sí misma una viñeta clínica. E. Primer lugar, quiero dar un ejemplo de la lectura de convicciones emocionales que proviene de la investigación del apego. En cierto sentido, los investigadores del apego que trabajan con el paradigma de la situación extraña son expertos en lectura corporal (aún cuando ellos mismos pueden entender esta faceta de su actividad de otro modo), aunque no sea en el sentido recíproco que he descrito en este trabajo -tal como ya afirmé, el investigador que observa no interactúa directamente en la situación relacional que investiga. Con independencia de esto, esta viñeta preparará un ejemplo clínico adicional y deja en evidencia, al mismo tiempo, cuán tempranamente en el desarrollo las convicciones motrices comienzan a formarse y a actuar como horizontes del mundo de experiencia del niño. Me centraré en una breve descripción que realiza Mary Main (1994) de un niño pequeño clasificado con apego evitativo:

“Introducido en la sala de juego del lugar de investigación, el bebé rápidamente comienza su exploración y juego, pero con poca expresión afectiva. No reacciona a la ausencia de la madre cuando es dejado solo con el extraño. La segunda ausencia de la madre tampoco provoca una reacción. Dejado completamente solo en este contexto desconocido, no muestra aflicción y prosigue investigando la sala y/o los juguetes.

En ambas reuniones, el bebé quita la mirada de inmediato y se vuelve alejándose de la madre y, en efecto, inclinarse o intentar agarrar un juguete inmediatamente en cuanto escucha a la madre llamándolo desde fuera. Tomado en brazos por parte de la madre puede volverse un tanto tieso, pero su afecto se mantiene neutral. Sin expresión levanta sus brazos alejándolos de la madre, se inclina alejándose de ella y señala un juguete en el piso. Cuando vuelve a ser bajado, se mueve alejándose de la madre y renueva su atención respecto del entorno. Señales de aflicción o rabia están ausentes en la situación. El bebé parece competente pero sin afecto y, debido a ello, parece haber ocurrido poco en estos 20 minutos”. (pp. 417-418)

Como puede verse, la descripción de Main se focaliza en el comportamiento corporal concreto del niño, comportamiento que pertenece del todo a la dimensión sensoriomotriz del sistema intersubjetivo corporizado conformado por el niño y su figura de apego (y brevemente por el asistente de investigación desconocido para el niño). La descripción de Main enfatiza de modo interesante muy directamente lo que percibe en el comportamiento del niño pequeño como restricciones sensoriomotrices observables cuando habla de "poca expresión afectiva", "no reacciona", "no provoca una reacción", "no muestra aflicción" y "sin afecto". Desde la perspectiva que he desarrollado en este trabajo, esta presentación impactante del comportamiento evitativo de apego -respecto de la cual puede decirse que está basada en el uso intencional consciente de la lectura corporal por parte del investigador-

puede ser visualizada como vinculada con la dimensión sensoriomotriz de los principios organizadores de la subjetividad: horizontes corporizados de la experiencia que parecen delimitar el mundo de experiencia del niño. En este caso específico, los horizontes de experiencia perceptibles parecen excluir facetas fundamentales de las posibilidades de experiencia del niño -en particular, la posibilidad de experimentar y por ende de expresar con claridad la aflicción emocional ligada a la separación y la correspondiente necesidad de estar físicamente cerca de la figura de apego. En el sistema corporizado niño-cuidador, el niño ha aprendido muy tempranamente y *en términos corporales* a no sentir y expresar determinados estados afectivos. Es probable que repetidas interacciones precedentes han impulsado al niño a percibir esos estados afectivos como posible peligro al apego emocional con el cuidador (Stolorow & Atwood, 1992).

Después de que hemos discutido el posible significado del comportamiento evitativo exhibido por el niño, podemos dar un paso adicional -un paso especulativo en la medida en la que la experiencia del niño no nos es directamente accesible y en la que tampoco podemos preguntarle al niño al respecto- en dirección de una reflexión sobre la convicción emocional sensoriomotriz que aquí con probabilidad está en juego. Afirmar que está implicada una expectativa emocional significa también suponer que el comportamiento evitativo observado ya se ha convertido en un hábito corporal interactivo, es decir, en una tendencia conductual relativamente duradera. Articularía esta expectativa emocional como sigue: "Si muestro mi aflicción y mi necesidad de mi madre, ella no estará disponible, por eso es mejor no mostrar esos sentimientos o incluso no sentirlos" o "Es mejor no sentir que necesito a mi madre, mejor voy a jugar y así no sentirme solo". En un contexto clínico, una articulación verbal reflexiva que se corresponda con la experiencia del paciente puede ser discutida en el diálogo paciente-analista. La convicción emocional mencionada está directa e inmediatamente presente en el hábito relacional corporizado que el niño lleva a cabo, un hábito que de acuerdo a la discusión precedente posibilita la inserción del niño en el mundo intersubjetivo. Sus acciones percibidas pueden ser visualizadas como rudimentos de su actividad organizadora, cuya aparición en la situación analítica puede ser entendida como transferencia. Resumiendo puede aseverarse: el niño ha organizado una convicción emocional corporizada que es mantenida en el seno del sistema intersubjetivo co-creado con el cuidador. Mientras ese sistema relacional permanezca relativamente estable, también las convicciones sensoriomotrices del niño tenderán a seguir estableciéndose.

La segunda viñeta que presentaré trata de una joven paciente que es profesional. La situación específica que deseo describir se produjo después de varios meses de tratamiento psicoterapéutico con frecuencia semanal. En efecto, fue una situación que se repitió varias veces de modo similar. Esta circunstancia muestra con claridad no en la dirección de comportamiento motor casual, sino más bien de una convicción sensoriomotriz palpable que

contribuye a conducir la organización de la experiencia de la paciente hacia configuraciones habituales.

Aproximadamente después de la primera mitad de la sesión, la paciente vuelve a hablar de dolorosas experiencias infantiles con una madre poco empática que habíamos estado elaborando en las sesiones anteriores. Lentamente, lágrimas comienzan a correr por sus mejillas. En un primer momento, usa su mano derecha para eliminar con rapidez esas lágrimas, como si no quisiera llorar o no quisiera mostrar que se siente triste. Mientras sigue hablando, se vuelve más difícil retener las lágrimas. Toma su bolso, saca de este un pañuelo y lo utiliza para secar sus ojos y su rostro. Después de haber mirado de forma repetida un contenedor con pañuelos que se encuentra muy cerca en una pequeña mesa, no hace uso de mis pañuelos. Al final de la sesión, coloca el pañuelo usado en su bolso en vez de dejarlo en el basurero claramente visible.

Existen al menos dos maneras complementarias de entender esta viñeta desde la perspectiva desarrollada en este trabajo.

La primera aproximación se focaliza de manera explícita en las estructuras pre-reflexivas del mundo de experiencia de la paciente y sus horizontes corporizados que emergen como fenómenos. En ese contexto, la presencia activa de una convicción emocional corporizada en la interacción analítica puede ser concebida correctamente como actividad organizadora transferencial. En otras palabras, la paciente organiza su experiencia del sistema intersubjetivo analítico basándose en expectativas corporizadas que derivan originalmente de experiencias pasadas en otros sistemas relacionales formativos. Desde la perspectiva formulada en este trabajo, la pregunta fundamental es entonces qué convicción sensoriomotriz confiere forma y limita de modo innecesario sus posibilidades afectivas y relacionales de experiencia en la relación analítica. Una parte de esta importante interrogante terapéutica es, por supuesto, una exploración de la naturaleza de los horizontes de experiencia de la paciente y de las experiencias afectivas y relacionales específicas que excluyen esos horizontes de experiencia de una percepción y articulación conscientes. Una segunda interrogante complementaria tiene relación con el tipo de experiencias emocionales tempranas que llevó a la construcción de los principios organizadores corporizados específicos que surgen en la transferencia. En esta exploración, el analista que trabaja clínicamente de acuerdo a la teoría de los sistemas intersubjetivos puede recurrir a la búsqueda empática sostenida, que posibilita una exploración profunda y sistemática de mundos subjetivos de experiencia (Stolorow, Brandchaft & Atwood, 1987).

Al igual que en la primera viñeta, nuevamente parece destacar con inmediatez una cierta restricción en el mundo de experiencia de la paciente -bien en concreto, parece ser

incapaz de utilizar los pañuelos del psicoterapeuta cuando tiene la necesidad de secarse el rostro. Para un terapeuta que presta atención a las convicciones emocionales corporizadas es importante plantearse a sí mismo empáticamente la pregunta por el significado del hábito relacional corporal de la paciente en el mundo de experiencia de esta. Esto requiere una articulación intencional del principio organizador que está en juego, una tarea que los teóricos de los sistemas intersubjetivos abordan de forma cercana a la experiencia (Orange, Atwood & Stolorow, 1997). Mi intento de una articulación explícita del significado inherente a la convicción sensoriomotriz de la paciente es el que sigue: "Tengo que afirmar mi independencia, necesitar algo de otra persona es débil" o "La dependencia me vuelve vulnerable y sé que los demás no están disponibles para mí cuando me siento vulnerable". La primera formulación busca expresar una convicción respecto del propio self, mientras que la segunda incluye un foco abierto a las expectativas relacionales pre-reflexivas. Ambos aspectos tienen que ser visualizados como dimensiones vitales y entretnejidas del mundo subjetivo de experiencia de la paciente. Tales formulaciones tentativas muestran que las expectativas sensoriomotrices nunca son separables de las cuestiones emocionales y relacionales -Merleau-Ponty (1945) subrayó que el cuerpo vivido y sus hábitos se encuentran indisolublemente vinculados con un mundo intersubjetivo de vida.

Después de que le describí su comportamiento a la paciente, después de que habíamos explorado su propia descripción de su experiencia corporizada y habíamos discutido los mencionados posibles significados, ella aseveró asintiendo: "Sabe, cuando empecé esta terapia, me dije a mí misma que aquí no lloraría nunca". La articulación explícita del significado de su actividad organizadora transferencial corporizada nos permitió no solo de manera clínicamente útil explorar las implicaciones de tal convicción sensoriomotriz en sus relaciones actuales -ella tenía la tendencia a estar disponible de modo habitual para otros cuando ella misma necesitaba de la disponibilidad del otro-, sino además recuerdos relevantes de niñez que con anterioridad no habían surgido a la superficie. Muy tempranamente había asumido el rol de "cuidadora" de su hermano menor, una circunstancia que contribuyó de forma esencial a la exclusión habitual de sentimientos de necesidad, dependencia y vulnerabilidad de su experiencia consciente. La construcción de una imagen de sí misma orientada hacia la independencia y la autonomía le ayudó a organizar su experiencia en configuraciones afectivas y relacionales que no eran percibidas como peligrosas. Por supuesto, aquí no es realmente posible separar los conocimientos del analista sobre la historia de la paciente disponibles antes de esta elaboración y su experiencia de la paciente en la situación analítica respecto de la articulación intencional de los principios organizadores corporizados de la subjetividad de la paciente.

Aún así, considero que la primera forma de aproximación a la viñeta muestra cómo los hábitos relacionales corporizados a menudo representan un útil punto de acceso a la manera

en la que un paciente organiza consistentemente su mundo subjetivo de experiencia. La segunda forma de mirar la viñeta clínica descrita abre su foco a las vicisitudes más amplias del sistema intersubjetivo paciente-analista. Tal como ya he enfatizado, la situación presentada se repitió de modo casi idéntico. Sin embargo, a la paciente con anterioridad la había resultado mejor retener sus lágrimas cuando se entristecía; de a poco, la expresión corporal de tristeza fue menos conflictivo y más claramente perceptible, un hecho que en sí mismo indica la presencia de cambios constructivos en el sistema intersubjetivo analítico que posibilitaron una creciente transformación de los horizontes corporizados de la experiencia de la paciente. Sus posibilidades de experiencia se amplían de manera literal, una circunstancia que presupone una participación útil de los principios organizadores del terapeuta en la configuración cambiante del sistema intersubjetivo corporizado co-constituido con la paciente. En este sentido, la mirada repetida de la paciente hacia el contenedor de pañuelos en la consulta del terapeuta parece mostrar que ha tomado en consideración la posibilidad de hacer uso de ellos, pero que al final se decide de otro modo. La discusión u co-articulación explícitas de este hábito relacional corporizado junto a la paciente hizo posible una exploración terapéutica de las angustias de la paciente ligadas a la dependencia en la relación analítica y una comprensión más profunda de los orígenes infantiles de estas. En la sesión siguiente, la paciente volvió a entristecerse, lloró, miró al terapeuta y anunció: "Hoy voy a usar *sus* pañuelos".

Como ya señalé, la teoría de los sistemas intersubjetivos postula por otro lado un entrelazamiento irresoluble de la actividad organizadora transferencial y contratransferencial. En este caso específico, la actividad organizadora del terapeuta fue lo suficientemente flexible como para posibilitar un reconocimiento consciente de la necesidad de la paciente de no ser confrontada demasiado rápido con las cuestiones vinculadas con la dependencia. Esto le permitió actuar con paciencia y esperar un momento oportuno para discutir ese asunto. No obstante, tal actitud solo surgió después de que el terapeuta se había vuelto consciente de la presencia de un impulso persistente a, por así decir, irrumpir a través de la rígida independencia de la paciente -un impulso que al menos en parte fue reconocido por medio de la toma de consciencia de una tensión corporal, que correspondía a la emergencia de una actitud desafiante cada vez que la independencia defensiva de la paciente se encontraba en un primer plano. La exploración introspectiva de este impulso lo desenmascaró como resultado experiencial corporizado de un principio organizador del terapeuta ligada a la historia temprana con su propia madre, una relación en la cual el terapeuta habitualmente ocupaba el rol de cuidador de una madre dependiente y crónicamente deprimida. La actividad organizadora transferencial de la paciente no le permitió al terapeuta jugar ese papel relacional conocido e inconscientemente preferido. En el sistema intersubjetivo específico co-creado con la paciente esta expectativa relacional corporizada podría haber

provocado una colisión significativa de los principios organizadores -una colisión que con probabilidad estuvo presente hasta cierto grado en la interacción analítica antes de que surgiera el reconocimiento consciente de su propia actividad organizadora contratransferencial por parte del terapeuta. Afortunadamente, una colisión poderosa no fue el caso.

Jaenicke (2011) ha enfatizado que la elaboración de las convicciones emocionales del paciente normalmente incluye la revisión de algunas de las convicciones emocionales del analista. Es probable que lo que he descrito en este sentido jugó un papel relevante en la transformación de los procesos de influencia mutua corporizada recíproca hacia experiencias relacionales corporizadas transformadoras en el sistema intersubjetivo analítico. Espero haber ilustrado en esta última sección de qué manera la inclusión de la dimensión sensoriomotriz de los principios organizadores de la subjetividad amplía las posibilidad de acceso del analista a facetas esenciales del mundo de experiencia del paciente y también de su propio mundo de experiencia.

### **Comentarios finales**

En este trabajo, he intentado discutir algunas contribuciones fundamentales de la fenomenología de la subjetividad e intersubjetividad corporizadas de Husserl y Merleau-Ponty a la aproximación analítica de los sistemas intersubjetivos. En ese contexto, he formulado el concepto de un sistema intersubjetivo corporizado conformado por el interjuego consciente e inconsciente de subjetividades corporizadas. Una de las características esenciales de tal sistema intersubjetivo corporizado es la influencia mutua corporizada, esto es, la implicación continua conjunta de sujetos corporales que se encuentran en interacción mediante formas afectivas y sensoriomotrices de expresión que apuntan de modo intencional y no intencional al otro. La influencia mutua corporizada es apuntalada sin cesar por procesos de lectura corporal recíproca. A través de esos procesos, tales señales afectivas y corporales son percibidas, interpretadas y comprendidas a veces de manera deliberada pero la mayoría de las veces de modo inconsciente y se posibilitan acciones congruentes. Lectura corporal recíproca no solo significa reconocer los significados y las intenciones expresadas en el cuerpo de otro sujeto, sino también percibir habitualmente de forma pre-reflexiva nuestro propio cuerpo en interacción con un otro. Este complejo proceso intersubjetivo de lectura corporal apoya los continuos esfuerzos por entender la experiencia emocional e intencional del otro con la finalidad de regular el campo relacional de modo recíproco. En este sentido, la lectura corporal recíproca apuntala los procesos de influencia mutua corporizada en un sistema intersubjetivo corporizado.

El sujeto corporal ha formado principios organizadores de la subjetividad basados en experiencias relacionales y afectivas repetidas en sistemas intersubjetivos corporizados. Tales

expectativas o convicciones emocionales pre-reflexivas le confieren por lo común de forma no consciente forma a la experiencia del individuo a través de configuraciones habituales y temáticas recurrentes. Convicciones o hábitos motores perceptibles en una variedad de formas corporales de expresión pueden ser concebidas como dimensión sensoriomotriz de los principios organizadores. Tanto las expectativas emocionales como las expectativas motrices generan los límites u horizontes del mundo de experiencia del individuo y excluyen con ello determinadas posibilidades de experiencia de la consciencia en un intento por mantener configuraciones existentes y conocidas de la experiencia. En cualquier psicopatología, esta tendencia a mantener los horizontes de experiencia no está suficientemente contrabalanceada por una tendencia contrastante a la apertura frente a nuevas experiencias y sus posibilidades y significados transformadores de ampliación de horizontes. Las convicciones emocionales y motrices son traídas de modo habitualmente inconsciente al encuentro clínico y se expresan allí de manera intersubjetiva en el inevitable tejido co-transferencial de la actividad organizadora de paciente y analista, en los procesos específicos de influencia mutua corporizada que caracterizan el sistema intersubjetivo corporizado conformado por ambos. He presentado dos viñetas con el fin de ilustrar los puntos esenciales de mi argumento teórico.

El concepto de la dimensión sensoriomotriz de los principios organizadores de la subjetividad busca principalmente ampliar los posibles puros de acceso del clínico al mundo de experiencia del paciente y las posibilidades de reconocimiento de los horizontes limitantes de ese mundo de experiencia por medio de la percepción de comportamientos corporales. Su intención subyacente es la ampliación de la atención del analista hacia los cuerpos que están presentes en el contexto clínico en basa a una aproximación fundamentada en términos teóricos. En un paradigma de la intersubjetividad corporizada, toda convicción emocional por necesidad tiene que tener aspectos sensoriomotrices, aún cuando estos muchas veces son difíciles de percibir. En ocasiones, el aspecto emocional de un principio organizador puede llevar a un foco en su simultáneo aspecto sensoriomotriz y a veces al revés. Sea como sea, una exploración de la dimensión motriz de las configuraciones habituales de la experiencia permite a la búsqueda clínica tomar en consideración el mundo de experiencia del paciente -y del analista- en su totalidad. Para terminar, las siguientes palabras de Merleau-Ponty (1945) expresan bien el papel fundamental del cuerpo en los procesos de transformación:

Pero precisamente porque mi cuerpo es capaz de cerrarse al mundo es, al mismo tiempo, lo que me abre al mundo y me coloca allí en una situación. El impulso de la existencia en dirección hacia otros, en dirección al futuro, en dirección al mundo, puede restablecerse tal como un río se descongela. (p. 191)

## REFERENCIAS

- Allen, J., Fonagy, P. & Bateman, A. (2008). *Mentalizing in Clinical Practice*. Washington: American Psychiatric Publishing.
- Anderson, F. (Ed.) (2008). *Bodies In Treatment: The Unspoken Dimension*. New York: The Analytic Press.
- Aron, L. & Anderson, F. (Eds.) (1998). *Relational Perspectives on the Body*. New Jersey: The Analytic Press.
- Atwood, G. & Stolorow, R. (1984). *Structures of Subjectivity: Explorations in Psychoanalytic Phenomenology*. New York: Routledge.
- Atwood, G. & Stolorow, R. (1997). Defects in the self: Liberating concept or imprisoning metaphor? *Psychoanalytic Dialogues*, 7 (4), 517-522.
- BCPSG (Boston Change Process Study Group) (2002). Explicating the implicit: The local level and the microprocess of change in the analytic situation. *International Journal of Psychoanalysis*, 83, 1051-1062.
- BCPSG (Boston Change Process Study Group) (2005). The “something more” than interpretation revisited: Sloppiness and co-creativity in the psychoanalytic encounter. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 53 (3), 693-729.
- BCPSG (Boston Change Process Study Group) (2007). The foundational level of psychodynamic meaning: Implicit process in relation to conflict, defense, and the dynamic unconscious. *International Journal of Psychoanalysis*, 88, 1-16.
- BCPSG (Boston Change Process Study Group) (2008). Forms of relational meaning: Issues in the relations between the implicit and reflective-verbal domains. *Psychoanalytic Dialogues*, 18, 125-148.
- Beebe, B. (2004). Faces in relation: A case study. *Psychoanalytic Dialogues*, 14 (1), 1-51.
- Beebe, B., Knoblauch, S., Rustin, J. & Sorter, D. (2005). *Forms of Intersubjectivity in Infant Research and Adult Treatment*. New York: Other Press.
- Beebe, B. & Lachmann, F. (2003). The relational turn in psychoanalysis: A dyadic systems view from infant research. *Contemporary Psychoanalysis*, 39 (3), 379-409.
- Beebe, B. & Lachmann, F. (2002). *Infant Research and Adult Treatment: Co-Constructing Interactions*. New Jersey: The Analytic Press.
- Downing, G. (1996). *Körper und Wort in der Psychotherapie: Leitlinien für die Praxis*. München: Kösel.
- Downing, G. (2006). Frühkindlicher Austausch und dessen Beziehung zum Körper. En G. Marlock & H. Weiss (Eds.), *Handbuch der Körperpsychotherapie* (pp. 333-350). Stuttgart: Schattauer.

- Fonagy, P., Gergely, G., Jurist, E. & Target, M. (2002). *Affect Regulation, Mentalization, and the Development of the Self*. New York: Other Press.
- Gallese, V. (2011). Neuroscience and phenomenology. *Phenomenology & Mind*, 1, 33-48.
- Gallese, V., Keysers, C. & Rizzolatti, G. (2004). A unifying view of the basis of social cognition. *Trends in Cognitive Sciences*, 8 (9), 396-403.
- Geissler, P. (2001). Das Konzept der "Körperregression" von George Downing. En P. Geissler (Ed.), *Psychoanalyse und Körper* (pp. 139-174). Giessen: Psychosozial-Verlag.
- Heidegger, M. (2006 [1987]). *Zollikoner Seminare* (Ed. Medard Boss). Frankfurt am Main: Vittorio Klostermann.
- Husserl, E. (1986). *Phänomenologie der Lebenswelt: Ausgewählte Texte II*. Stuttgart: Reclam.
- Jaenicke, C. (2011). *Change in Psychoanalysis: An Analyst's Reflections on the Therapeutic Relationship*. New York: Routledge.
- Knoblauch, S. (2000). *The Musical Edge of Therapeutic Dialogue*. New Jersey: The Analytic Press.
- Knoblauch, S. (2005). Body rhythms and the unconscious: Toward an expanding of clinical attention. *Psychoanalytic Dialogues*, 15 (6), 807-827.
- Lichtenberg, J., Lachmann, F. & Fosshage, J. (1996). *The Clinical Exchange: Techniques Derived from Self and Motivational Systems*. New York: Routledge.
- Lyons-Ruth, K. (1999). The two-person unconscious: Intersubjective dialogue, enactive relational representation, and the emergence of new forms of relational organization. En L. Aron & A. Harris (Eds.), *Relational Psychoanalysis: Innovation and Expansion* (Vol. 2) (pp. 311-349). New Jersey: Analytic Press.
- Main, M. (1994). Recent studies in attachment: Overview, with selected implications for clinical work. In S. Goldberg, R. Muir & J. Kerr (Eds.), *Attachment Theory: Social, Developmental, and Clinical Perspectives* (pp. 407-474). New Jersey: The Analytic Press.
- Meltzoff, A. (2002). Imitation as a mechanism of social cognition: Origins of empathy, theory of mind, and the representation of action. In U. Goswami (Ed.), *Blackwell Handbook of Childhood Cognitive Development* (pp. 6-25). Oxford: Blackwell.
- Merleau-Ponty, M. (1945). *Phenomenology of Perception*. London: Routledge.
- Orange, D. (1995). *Emotional Understanding: Studies in Psychoanalytic Epistemology*. New York: The Guilford Press.
- Orange, D. (2010). *Thinking for Clinicians: Philosophical Resources for Contemporary Psychoanalysis and the Humanistic Psychotherapies*. New York: Routledge.
- Orange, D. (2011). Speaking the unspeakable: "The implicit", traumatic living memory, and the dialogue of metaphors. *International Journal of Psychoanalytic Self Psychology*, 6, 187-206.
- Orange, D., Atwood, G. & Stolorow, R. (1997). *Intersubjektivität in der Psychoanalyse:*

- Kontextualismus in der psychoanalytischen Praxis*. Frankfurt am Main: Brandes & Apsel.
- Renik, O. (1993). Analytic interaction: Conceptualizing technique in light of the analyst's irreducible subjectivity. En S. Mitchell & L. Aron (Eds.), *Relational Psychoanalysis: The Emergence of a Tradition* (pp. 407-424). New Jersey: Analytic Press.
- Sassenfeld, A. (2008). Lenguaje corporal e intencionalidad relacional. *Gaceta de Psiquiatría Universitaria*, 4 (1), 83-92.
- Sassenfeld, A. (2010). Körpersprache und relationale Intentionalität. *Psychoanalyse und Körper*, 9 (2), 71-89.
- Schore, A. (2005). A neuropsychanalytic viewpoint: Commentary on paper by Steven H. Knoblauch. *Psychoanalytic Dialogues*, 15 (6), 829-854.
- Schore, A. (2011). The right brain implicit self lies at the core of psychoanalysis. *Psychoanalytic Dialogues*, 21, 75-100.
- Sletvold, J. (2011). "The reading of emotional expression": Wilhelm Reich and the history of embodied analysis. *Psychoanalytic Dialogues*, 21, 453-467.
- Stern, D., Sander, L., Nahum, J., Harrison, A., Lyons-Ruth, K., Morgan, A., Bruschweiler-Stern, N. & Tronick, E. (1998). Non-interpretive mechanisms in psychoanalytic therapy: The "something more" than interpretation. *International Journal of Psychoanalysis*, 79, 903-921.
- Stolorow, R. (2000). From isolated minds to experiential worlds: An intersubjective space odyssey. *American Journal of Psychotherapy*, 54 (2), 149-151.
- Stolorow, R. & Atwood, G. (1992). *Contexts of Being: The Intersubjective Foundations of Psychological Life*. New Jersey: Analytic Press.
- Stolorow, R. & Atwood, G. (1994). Toward a science of human experience. En R. Stolorow, G. Atwood & B. Brandchaft (Eds.), *The Intersubjective Perspective* (pp. 15-30). New Jersey: Jason Aronson.
- Stolorow, R., Atwood, G. & Orange, D. (2002). *Worlds of Experience: Interweaving Philosophical and Clinical Dimensions in Psychoanalysis*. New York: Basic Books.
- Stolorow, R., Brandchaft, B. & Atwood, G. (1987). *Psychoanalytische Behandlung: Ein intersubjektiver Ansatz*. Frankfurt am Main: Fischer.
- Stolorow, R. & Sassenfeld, A. (2010). A phenomenological-contextual psychoanalyst: Intersubjective-systems theory and clinical practice. *Psychologist-Psychoanalyst*, 30 (3), 6-10.
- Teicholz, J. (2007). Eine unerwartete Annäherung: Postmoderne Theorie, Säuglingsforschung und das psychoanalytische Unbewusste. *Selbstpsychologie: Europäische Zeitschrift für psychoanalytische Therapie und Forschung*, 29/30, 263-285.
- Vanzago, L. (2009). *Breve historia del alma*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Wallin, D. (2007). *Attachment in Psychotherapy*. New York: Guilford Press.

Zahavi, D. (2003). *Phänomenologie für Einsteiger*. Paderborn: Wilhelm Fink.

Original recibido con fecha: 2-2-2014 Revisado: 15-6-2014 Aceptado para publicación: 28-6-2014

## NOTAS

---

<sup>1</sup> Psicólogo clínico, psicoterapeuta de adultos de orientación relacional en práctica privada. Magíster Psicología Analítica, UAI, Chile. Docente de postgrado en U. de Chile. Miembro del comité ejecutivo de IARPP-Chile. Autor del libro *Principios clínicos de la psicoterapia relacional* (Ediciones SODEPSI, Santiago, Chile, 2012). Dirección: Asturias 171 of. 209, Providencia, Santiago, Chile. Contacto: [asassenfeld@gmail.com](mailto:asassenfeld@gmail.com) / [www.cuerporelacional.cl](http://www.cuerporelacional.cl)

<sup>2</sup> Stolorow expresa una preocupación epistemológica adicional respecto de las aplicaciones recientes del concepto de lo implícito: "Dicho sea de paso, que la palabra 'implícito' es un error de denominación dado que se refiere a la psicología del investigador y no a la psicología de quien experiencia. Las experiencias sensoriomotrices solo son 'implícitas' para el investigador, que desea llevarlas al lenguaje y volverlas explícitas. Para quien experiencia solo son explícitamente sensoriomotrices" (Stolorow & Sassenfeld, 2010, pp. 8-9).